

nada; á la hora suprema de la muerte el cielo de los católicos no atrae, su infierno dá risa; y los hombres negros encargados de llevar al lecho mortuorio los consuelos de la religion se cuidan mejor que de la tranquilidad moral del paciente, de los intereses mundanos de la Iglesia; esgrimen sus armas aterradoras para las almas débiles, ridículas para los que han sacudido el yugo de las preocupaciones, y se retiran despues con el orgullo del triunfo unas veces, con la conciencia de su ignorancia otras, y algunas tambien, que van siendo ménos raras á medida que la humanidad progresa, con el despecho de haber sido vencidos en su continua lucha á brazo partido con los moribundos, por un ser débil y próximo á ser pasto de los gusanos del sepulcro.

LXXXIV.

La ejecucion.

Serian las siete de la mañana cuando se abrió la puerta de la pieza que servia de prision á Mauricio dando paso á un sub-oficial frances que tocó bruscamente en el hombro á nuestro héroe, y le dijo con imperioso acento:

—¡Vamos! ya es hora.

Mauricio se estremeció. Por mucho que se haya padecido en la vida, por muy preparado que se halle uno á dejar el mundo, el frio glacial de la muerte hiela anticipadamente los miembros del hombre condenado á morir, al llegar el momento de la transicion entre el ser y el no ser. Aquel estremecimiento fué tan instantáneo, que el sub-oficial frances no le notó. El pintor se levantó, limpió con la manga de su levita el polvo que tenia en su vestido y tomando su sombrero dijo con voz firme:

—Cuando vd. guste, estoy listo.

El sub-oficial le miró asombrado; esos franceses que tanta

fama gozaban de valientes tenían que admirar día con día la admirable serenidad y la firmeza de ánimo con que iban al patíbulo los mexicanos á quienes asesinaban sus cortes marciales. El encargado de la ejecucion de Mauricio debía ser un hombre de corazon, porque tendiendo la mano al pintor y estrechando la del artista le dijo con acento conmovido que contrastaba singularmente con el tono brusco con que ántes le habia interpelado:

—Si tiene vd. algun encargo que hacerme le cumpliré como hombre de honor.

—Ninguno, gracias—contestó Mauricio.

—Cómo! ¿no tiene vd. una querida? ¿una madre? ¿una hermana?

—Nó.

—Ni un amigo?—continuó admirado el frances.

—Un amigo!—exclamó Mauricio por cuya mente cruzó súbita una idea—sí, tengo uno; si pudiera escribirle.....

El sub-oficial salió de la pieza y volvió despues de un momento, trayendo recado de escribir.

Mauricio tomó la pluma y escribió:

«Querido Ramon.—En este momento salgo de la cárcel de la Callejuela para ser fusilado. María ha muerto envenenada, y se me ha hecho culpable de su muerte. Manuel figura en el número de los testigos en mi contra; se venga; guárdate de él, y si puedes, véngame. Adios

MAURICIO.»

El pintor cerró este billete, le puso direccion, y se le entregó al frances que le ofreció, bajo su palabra de honor, hacerle llegar el mismo día á su título. En seguida, el preso y su custodio salieron del departamento.

En el patio de la prision y entre bayonetas aguardaban á Mauricio los ocho individuos que fueron como él condenados

la víspera por la corte marcial. Algunos sacerdotes los acompañaban.

El oficial que mandaba el peloton ató las manos de Mauricio con una pequeña cadena como lo estaban las de sus compañeros, y dió la orden de marcha.

A la puerta de la prision habia cuatro gendarmes á caballo que se pusieron á la cabeza de la pequeña columna, y seis ú ocho cazadores de Africa que formaron la retaguardia. El pequeño callejon de la Callejuela estaba lleno de gente ansiosa de mirar á las víctimas de la corte marcial, y entre aquella gente las madres y los deudos de los pobres compañeros de Mauricio, trataban en vano de abrirse paso para dar el último adios á los que marchaban á la muerte. Si lograban romper la muralla humana que los separaba de la guardia que conducia á los condeñados, un culatazo dado con mano vigorosa por alguno de los soldados á quienes se llegaban les hacia caer en tierra y correr el peligro de ser pisoteados por la multitud.

En esa lucha continua entre las desgraciadas familias de los condenados y los soldados que los custodiaban, llegó la pequeña columna al lugar de la ejecucion. Algunas personas compasivas hicieron alejar de aquel sitio á las familias de los que iban á ser fusilados, y cuyos gritos desgarradores destrozaban el corazon de esas pobres víctimas.

Mauricio y sus compañeros fueron colocados á cierta distancia uno de otro; el peloton se fraccionó tambien, y á un toque de corneta comenzó la carnicería.

Conforme caía cada uno de aquellos desventurados, un soldado se acercaba á él y le disparaba su arma á quemarropa en un oido.

Ni uno solo de aquellos hombres manifestó debilidad ó temor; todos murieron como valientes, y hasta el niño que al

víspera había llorado al oír su sentencia, recibió las balas con serenidad. Una noche y la proximidad de la muerte habían bastado para hacerle hombre y templar su alma.

Cada uno de los nueve cadáveres fué colocado en un ataúd, y todos conducidos al hospital municipal de S. Pablo.

La gente que había asistido á la ejecucion se retiró consternada, los soldados volvieron á sus cuarteles y nada indicó en el resto del día en la ciudad que por la mañana se habían cometido nueve asesinatos iguales á los que se cometieron la víspera y á los que se cometerían al día siguiente.

LXXXV.

El anfiteatro.

Los hombres que conducían de la plazuela de Mixcalco á la de S. Pablo los cadáveres de los nueve ajusticiados llegaron media hora después de la ejecucion al Hospital municipal donde debían depositar su triste carga. Entraron por la puerta principal, se detuvieron un rato á la entrada de un callejón oscuro donde un hombre tomó razón de los muertos y se dió por recibido de ellos; atravesaron un patio asqueroso, especie de potrero por lo inmenso y por hallarse cubierto de yerba, inundado en muchos puntos de agua corrompida, y donde se revolcaban algunos cerdos que engordaban las hijas de S. Vicente de Paul, encargadas del hospital en aquella época, y se introdujeron á una sala baja, sucia y fétida, cuyo pavimento estaba lleno de manchas de sangre, y en la que por únicos muebles se veían largas mesas forradas de zinc y vasijas de barro llenas de entrañas humanas. En algunas de aquellas mesas había cadáveres destrozados.